

Entre palmeras. Breve historia de los jardines de Santander

La bahía de Santander, la mayor del litoral cantábrico, destaca por su amplitud, profundidad y protección. Históricamente ha conocido una continua e intensa actividad humana y casi la mitad de su superficie original se ha rellenado en los últimos dos siglos. Siguiendo la línea litoral y sobre la larga península de la ribera norte ha crecido la ciudad que, asomada a su bahía, se vuelve hacia el Sur, protegida de los fríos vientos y encaramada sobre cuestras y vaguadas. En paralelo a su desarrollo urbano ha ido suavizando el borde marítimo con paseos arbolados, parques y jardines, desde el claustro medieval de la abadía de los Cuerpos Santos (hoy catedral), siguiendo por Becedo, la Alameda “Primera”, la de Oviedo, los jardines de Pereda, el parque de la Magdalena, el de Valdenoja o los jardines de Piquíu, hasta llegar al reciente parque de Las Llamas.

Queda aún mucho por estudiar sobre la historia de estos parques y jardines de Santander, un ámbito siempre difícil de abordar por la escasa y dispersa documentación y por las muchas transformaciones de estos espacios “vivos”. No obstante, la primera noticia sobre un jardín en Santander es antigua. En 1575 se incluía, en el famoso *Civitates orbis terrarum*, editado por el alemán Georg Braun, la estampa correspondiente a Santander (*liber secundus*, lám. 9), que incorporaba la pequeña villa al selecto grupo de las ciudades más importantes del orbe. Cada estampa venía acompañada con un breve texto explicativo y allí se recogía, por

primera vez, una descripción sobre la riqueza vegetal de la población. Al referirse a la Iglesia Colegial de los Cuerpos Santos (que en 1754 se convertirá en catedral de la ya por entonces ciudad) se indicaba que en el claustro “hay un amenísimo jardín, fragante siempre, con el gratísimo perfume de sus floridos árboles”, posiblemente un recoleto jardín de naranjos. También se describían las afueras de la población:

En ella abunda el vino; la tierra está rodeada de viñedos, entremezclados con vergeles, plantados, tanto para la necesidad como para el deleite, que ofrecen hermosa vista y abundantes frutos. En las cercanías de la ciudad hay diversas aldeas, ricas en granos y en frutas, de tal suerte, que, a no ser por un señalado castigo de Dios, nunca carecerá este pueblo de provisiones. En suma, esta ciudad es rica de todas las cosas por la comodidad de su puerto. Todo esto es narración de los indígenas.

En los siguientes siglos poco cambia este paisaje urbano de Santander, que apenas rebasaba entonces el trazado de las antiguas murallas. Solo a finales del siglo XVIII por la parte de Becedo, en la salida de la ciudad por el Camino Real, empezaban a rellenarse las marismas y a configurarse lo que pronto pasaría a ser la “Alameda Primera”, con grandes árboles de sombra y una fuente ornamental. En 1834 se abrió al público otra larga alameda (725 metros), que pasaría a conocerse como “Segunda” o “de Oviedo” y que se prolongaba ya hasta la salida de la ciudad por Cuatro Caminos. Por fin, ya a mediados del siglo XIX, el *Diccionario* de Madoz describía que la población tenía “3 paseos, y

un camino plantado de álamos que rodea toda la [ciudad]”:

Además, hay multitud de huertas en el interior de la [ciudad]; estando todo el terreno que la circunda, ocupado con árboles frutales, verduras, viñedos y prados, que forman vistas deliciosas, entre ellas las que se extiende desde el barrio de Becedo, hasta el sitio llamado Caseta de los Guardas, siguiendo toda la der. del camino real.

No obstante, el verdadero “parque central” de la ciudad llega a partir de 1901, cuando la Junta de Obras del Puerto cede al ayuntamiento los terrenos resultantes del relleno de la antigua dársena de Ribera. El bulevar y los jardines resultantes se dedican al escritor José María de Pereda y en 1905 se inauguran con motivo de la *Exposición Provincial de Artes e Industrias*, adornados con unos efímeros y exóticos pabellones proyectados por el arquitecto municipal Valentín R. Lavín Casalís. En realidad, el proyecto era producto indirecto de dos episodios que habían tenido un profundo efecto en la morfología de la ciudad y en la orientación económica del puerto. Por un lado, la “catástrofe” de la explosión del vapor “Cabo Machichaco” en los muelles de Maliaño en 1893 había provocado profundos daños en un amplio sector urbano que iba desde Cañadío hasta la calle Alta y desde la Cuesta de la Atalaya hasta las nuevas calles de Calderón de la Barca, Méndez Núñez y Antonio López, una de las zonas más prósperas de la ciudad. Por otra parte, poco después el “desastre colonial” del 98 anunciaba un futuro portuario aún más complicado. Santander, entre la “catástrofe” y el

“desastre”, tomaba conciencia de un declive portuario que, en realidad, había comenzado unos años antes. El Machichaco se convirtió en la disculpa para iniciar el debate sobre el traslado de ciertas actividades portuarias y, a largo plazo, del puerto. Además, la imprescindible reconstrucción y modernización urbana tras la explosión y posterior incendio se convirtió en la ocasión para cambiar la orientación económica y espacial de la ciudad -con el progresivo abandono de los antiguos muelles que permitirían su transformación en paseo burgués- y el masivo retorno de capitales indios, que proporcionó la financiación necesaria para el suculento negocio inmobiliario de la reconstrucción.

La transformación fue bastante rápida y Santander irá sustituyendo el comercio colonial por la minería, la pesca, la industria y el turismo. Tan súbitos fueron los cambios que un sorprendido visitante, el ilustre escritor vasco-argentino Francisco Grandmontagne, ya destacaba en *La Prensa* de Buenos Aires (“Santander. La Castilla marítima”, 16/11/1905) la prosperidad de la ciudad:

Hasta hace diez años Santander tenía puesta su ansia exclusivamente en el mar, en el comercio a que daba lugar la navegación a Cuba, Puerto Rico y Filipinas; obligada la ciudad, como toda España, a concentrarse en sí misma, a buscar una base de recursos propios, volvió pronto los ojos a su territorio, hallando en él la fuente de vida que sustituyese a todo lo perdido. Santander es la única ciudad que se ha salvado de esa terrible crisis que hizo presa de todo el litoral marítimo después de la

última guerra ...

He recorrido la Alameda primera, y la Alameda segunda, los jardines, la Ribera, la calle de San Francisco, la Avenida de las Naos [...] por todas partes veo edificios suntuosos, mansiones modernas, riquezas, bienestar, progreso...

Incluso, tal era el impulso de Santander en estas primeras décadas del siglo que es una de las pocas ciudades que el pintor y escritor José Gutiérrez Solana salvaba en 1920 en su libro *La España Negra*, afirmando que:

Ha progresado mucho. Hoy está haciendo un magnífico edificio de Correos, un Banco de España, un flamante teatro [...] Ha hecho también un gran hotel a la moderna, con todos los adelantos, y una gran avenida con el nombre de una ilustre dama, y un palacio, estilo inglés, en la península de la Magdalena, que ha regalado a los reyes. Ha cubierto de tierra el muelle, formando un bulevar bordeado de plátanos. Ha derribado el antiguo Casino del Sardinero para construir uno más grande y más blanco.

En ese contexto, el paseo del muelle y los **jardines de Pereda** se transformaron en la imagen de la nueva ciudad surgida de las convulsiones del “fin de siglo” y del rápido paso de puerto colonial a ensanche burgués. Además, con los planes turísticos para El Sardinero y la construcción del palacio de la Magdalena se consumaba la extensión de la ciudad hacia el Norte y el Este, un desarrollo que alababa incluso la prestigiosa revista *Blanco y Negro* (1/8/1915): “El Palacio de la Magdalena ha sido como el mágico talismán que transforma aquellos rincones, urbanizándolos y haciéndolos dignos de la regia vecindad”. Se construyen un nuevo Casino, Hipódromo y Hotel Real y se mejoran los accesos al Sardinero y al Palacio con la apertura de la Avenida de la Reina Victoria. En 1912 se reforman los jardines del paseo de Castelar y en 1925 el arquitecto municipal realiza una memoria para los jardines del Paseo de la Reina Victoria: “espléndida vía es ésta, que aparece bordeada de lujosos hoteles, que proclama el ensanche y la transformación a la europea

de la capital montañesa, para lo cual tiene más que lo suficiente: ‘aires de afuera’, cultura, dinero”. Y son, precisamente, esos “aires de afuera” los que definen el discurso cosmopolita de la arquitectura en Santander y garantizarán el sostenido éxito de la ciudad-balneario. (**Fig. 1**).

Este es el momento en que Santander se llena de parques, jardines y alamedas. Una época en la que una burguesía relativamente informada de lo que se estaba haciendo en las grandes capitales europeas no solo imitaba la arquitectura cosmopolita del historicismo o del eclecticismo, sino que también promovía, de forma más o menos espontánea, un paisajismo acorde con las ideas de los grandes creadores de jardines europeos, como el alemán Peter Joseph Lenné o el francés Jean-Charles Alphand (que reformó los Campos Elíseos y los jardines del Trocadero). La ciudad de finales del siglo XIX y principios del XX articulaba así sus ensanches con una red de espacios verdes que incluía paseos arbolados, alamedas, bulevares, parques y jardines, que se confirman como equipamientos básicos en cualquier municipio importante.

En el caso santanderino los citados jardines de Pereda se convirtieron, además, en testimonio de las preferencias botánicas de la burguesía santanderina pues, como recogía Simón Cabarga en la prensa de la época para su obra *Santander en la historia de sus calles*, “Prendió la idea de contribuir a la creación de los jardines ya trazados” y el municipio empezó a recibir todo tipo de ofrecimientos “de plantas exóticas cultivadas con cariño en jardines y huertos particulares, y sobre todo de árboles”:

Así fueron haciéndose plantaciones de tilos en la parte Oeste (Avenida de las Naos, la llamaban) y las primeras palmeras procedentes de los jardines todavía subsistentes en numerosos enclaves de la población. Los periódicos iban dando, a diario, relaciones de donantes y las especies de árboles y arbustos propios de jardines botánicos, como magnolios, acebos, extraños ejemplares enviados por un floricultor (Ramón Escalante), titulados “Kaignon Bolova” y “Salisturi adianal folia” o “de



SANTANDER.—Panorámica aérea de la ciudad.

Fig. 1. "Santander. Panorámica aérea de la ciudad". (Tomada de *Lo admirable de Santander*, Santander, 1935).

los cuarenta escudos". Tal fue la afluencia que hubo de formarse una comisión popular para seleccionar las palmeras, naranjos dulces, los Fénix, bambúes, araucarias, cedros, dracenas, cañas de Indias, evónimos, aligustres, laureles, clitomedias [¿cryptomerias?], pinos, granados, bojes, daturas, castaños de Indias, perales silvestres, limoneros, árboles del paraíso ... De plantas hubo incontable afluencia de las especies más raras. Constituyó como un recuento de los espléndidos jardines que tanto en la ciudad como en la provincia proclamaban los fervores de los montañeses.

Como vemos por las noticias recogidas, la abundancia de palmeras ya en esa época es notable y están muy presentes en los jardines de Pereda. También serán frecuentes en la ciudad en todos los jardines de las primeras décadas del siglo XX (la ciudad cuenta con

un patrimonio de más de 300 palmeras, muchas de ellas centenarias), tanto particulares (Finca Jado, La Cubana, Villa Asunción, Sanatorio de Santa Clotilde, Sanatorio del doctor Morales, jardines de los Sagrados Corazones en Menéndez Pelayo o en muchas viviendas de época en El Sardinero, Cueto, Monte o San Román) como públicos (diez palmeras en los jardines de Piquío, junto al seminario de Corbán, o rodeando el fuerte carlista de Corbanera, en La Maruca).

Generalmente, en todo el norte de España la notable presencia de estas palmeras (en concreto la *Phoenix Canariensis*, cuyo origen, como recuerda su nombre, es canario) se viene relacionando con los **jardines de las casas indianas**. Es bien cierto que, desde el siglo XIX, en el imaginario literario y artístico se venían asociando las palmeras con el mundo antillano primero y, por extensión después, con los "indianos" pe-

ninsulares o “americanos”. Hay multitud de ejemplos, desde las menciones a la “Palmera de los indios” en los *Cantos del Siboney* de José Fornaris (publicados en La Habana en 1862) hasta el inconcluso “Canto a Puerto Rico” de José Gualberto Padilla, editado tras su fallecimiento en 1896, que, repasando los árboles que simbolizan la exuberante naturaleza antillana, llega a la “¡Noble palmera que al feliz indiano / De dones mil benéfica circunda...!”. Unas palmeras que acabarán entrelazándose también con las biografías de los emigrantes peninsulares: “Á ti traerán, errantes, peregrinos / Otros mundos acaso y otras gentes; / Ante ti contarán de sus destinos, / las caducas historias, y dolientes...”. Tanto es así que el poeta y periodista asturiano Alfonso Camín titula la segunda parte de sus dos volúmenes autobiográficos *Entre palmeras. Vidas emigrantes* (1958), ilustrando sus años en Cuba. Incluso, otra autobiografía india, escrita por el indiano montañés Francisco Fernández Zorrilla —*Un indiano: cómo se gana dinero en América* (c. 1923)— ilustra su portada con todos los estereotipos iconográficos del indiano: el traje de hilo, el reloj, los grandes bigotes, el sombrero de Jipi (elaborado, precisamente, con la fibra de la palma jipijapa: *Carludovica Palmata*) y el paisaje de palmeras. (Figs. 2 y 3)

Esa imagen estereotipada de los “americanos” se extiende, incluyendo el inevitable “chalet con jardín sobre el que destacaba la palmera” que citaba, por ejemplo, José Luis García Delgado, presidente de la Fundación Archivo de Indios de Colombes. No obstante, y a pesar de la potencia de este estereotipo y de muchos matices y excepciones, de los jardines indios puede afirmarse lo mismo que de la “arquitectura de indios”: que no se distinguen demasiado de los del resto de la burguesía del momento y que ambos participaban del eclecticismo cosmopolita característico del cambio de siglo. De hecho, la palmera canaria es frecuente en toda España y aparece en todo tipo de jardines (desde el Real Jardín Botánico, el parque de la Ciudadela en Barcelona o el granadino “Jardín de las Palmeras”, junto a la Alhambra, hasta el “Jardín de los Poetas” del Real Alcázar de Sevilla, los Jardines de

Aranjuez o El Retiro).

En realidad, el asunto está también muy relacionado



Fig 2. Portada de *Entre palmeras. Vidas emigrantes*, relato autobiográfico del indiano asturiano Alfonso Camín, publicado en 1958.



Fig 3. Portada de *Un indiano. Como se gana dinero en América*, de Francisco Fernández, hacia 1923.

con la fácil aclimatación de la palmera canaria al clima cantábrico y con la activa búsqueda de un modelo de jardín “español” o “andaluz” -como heredero del olvidado jardín árabe- que permitiera una alternativa nacional a los tradicionales jardines cosmopolitas a la “francesa”, a la “italiana” o a la “inglesa”. En esa línea, la exposición *Jardines de España* del pintor Santiago Rusiñol en 1899 en la Galería *L'Art Nouveau* de París supuso un primer reconocimiento internacional a esta nueva visión del jardín español y coincidió en el tiempo con el apogeo de la pintura de jardines. Después, la aspiración historicista para recuperar el modelo de jardín árabe-andaluz se consolidó con la actividad de dos de sus principales teóricos, que, además, participaron en sendos proyectos en Santander: Jean Claude Nicolas Forestier (Aix-les-Bains, 1861 – París, 1930) y Javier de Winthuysen (Sevilla, 1874 – Barcelona, 1956). El primero, formado en París con Alphand, llega a Sevilla en 1911 invitado por el Comité Ejecutivo de la Exposición Iberoamericana para dirigir el proyecto de los jardines de María Luisa. Después interviene en numerosos proyectos en Barcelona (especialmente para la Exposición Universal de 1929), Madrid y Andalucía y firma varios notables planos para la Magdalena y para Valdenoja (recogidos en su influyente obra *Jardins: carnet de plans et de dessins*, París: Emile-Paul Frères, 1920). Aunque buen conocedor de las nuevas tendencias europeas en diseño de jardines (como comisario de la sección de Paisaje en la Exposición de Artes Decorativas de París en 1925), Forestier se preocupó siempre de adaptar las vanguardias a la influencia cultural, paisajística y climática local. Por su parte Winthuysen continuó esa labor de defensa del jardín árabe-español que había comenzado Forestier y en 1930 publicó su obra *Jardines Clásicos de España: Castilla*, fruto de sus viajes y observaciones y que tanto impulsará el arte del paisajismo en España.

Ambos, Forestier y Winthuysen, intervienen en sendos notables proyectos de jardinería vinculados a la transformación del Sardinero en sede de los veraneos regios. Todo se desencadena con la construcción del palacio de la Magdalena entre 1908 y 1912 (con

proyecto de los arquitectos Gonzalo Bringas y Javier González de Riancho), ofrecido como un regalo del municipio a SS.MM. Alfonso XIII y Victoria Eugenia. En paralelo a las obras del palacio, el Jardinero Mayor de S.M., Juan Gras y Prats, redacta, poco antes de su fallecimiento, un primer proyecto de ordenación para la **península de la Magdalena**. En él destacan dos grandes avenidas perimetrales curvas con doble alineación de árboles, siguiendo los criterios paisajistas en boga, inspirados en los grandes parques parisinos del Segundo Imperio y, especialmente, en el trazado del Campo del Moro en Madrid (1890), obra de su maestro, el catalán Ramón Oliva.

Casi simultáneamente el arquitecto del palacio Javier G. de Riancho proyecta el campo de polo junto al acceso a la península y las caballerizas. Después, tras la desaparición de Gras, es Forestier quien se ocupa del diseño de los jardines de estilo francés más cercanos al palacio que puede verse en su “Anteproyecto para Jardines y Plantaciones en la península de la Magdalena, propiedad de S.M. el Rey Alfonso XIII”. Incluye el diseño de una terraza paralela a la costa en la zona de las Caballerizas y una gran escalinata de doble tiro para el jardín de la zona sur del palacio, muy similar a la proyectada para Valdenoja poco después (1918), que también incluirá en su obra *Jardins* de 1920.

Poco después, Forestier y Winthuysen intervienen sucesivamente en el proyecto para el **parque de Mataleñas**, la gran finca del armador Ángel Pérez Eizaguirre en Cabo Menor, al norte del municipio (el archivo del Real Jardín Botánico de Madrid conserva varios de los planos originales). La proximidad del naviero a la familia real relaciona este proyecto para la finca de Valdenoja con el de la Magdalena (en ambos interviene Forestier consecutivamente, en 1917 y 1918, y el mismo arquitecto: Javier G. de Riancho). El francés realiza un proyecto previo para el parterre y la pérgola (destinada inicialmente a una rosaleda) en Valdenoja, un diseño con sectores geométricos que sigue sus ideas sobre el jardín andaluz (de hecho, queda incluido en su obra *Jardins* dentro del capítulo para jardines mediterráneos). A partir de 1930 también

interviene Winthuysen, que estudia el conjunto de la finca de Valdenoja, incluyendo sus accesos (con un paseo serpenteante rodeado de palmeras), las masas de arbolado y las vistas sobre Mataleñas y el faro de Cabo Mayor. El proyecto combina el diseño geométrico del jardín más próximo a la casa con la disposición más irregular de las masas arbóreas adaptadas a la topografía de la finca y un lago con una isla. Finalmente, la finca pasó a ser de propiedad municipal y se abrió para uso público en 1983, dividiéndose entre el actual parque de Mataleñas y el primer campo municipal de golf en España, inaugurado en 1986 con una extensión de 15 hectáreas. (Fig. 4)

Tras los proyectos para Valdenoja, en 1925 se ajardi-

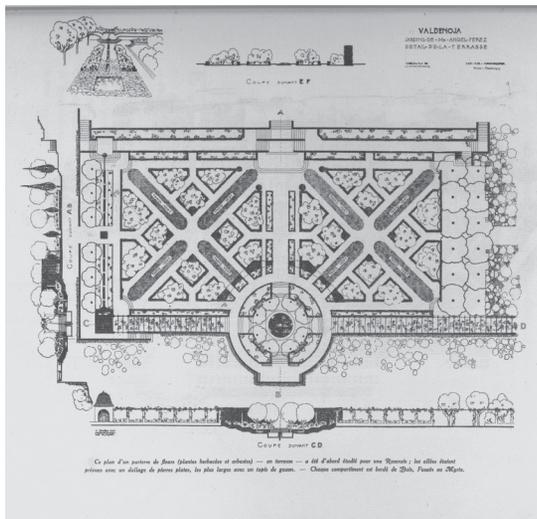


Fig 4.
Jean Claude Nicolas Forestier, “Valdenoja. Jardins de Mr. Ángel Pérez. Details de la Terrasse”, en Jardins: carnet de plans et de dessins, París: Emile-Paul Frères, 1920

na el tercer saliente costero del Sardinero: los **jardines de Piquío**. Hasta los años veinte esta punta costera era solo un acantilado con un mirador, que debía su nombre a su forma de pico que se adentraba en el mar y separaba las dos playas del Sardinero. Allí había proyectado en 1911 Javier González de Riancho el nuevo

Casino, que amurallaba el perfil rocoso de Piquío siguiendo las ideas de casinos marítimos habituales en Francia, edificios colgados sobre el mar (aunque finalmente se prefirió el proyecto de Eloy Martínez del Valle para la Plaza del Pañuelo). Hasta 1925 no se afronta un proyecto de ajardinamiento unitario, concebido por el arquitecto municipal Ramiro Sainz Martínez sobre una superficie de unos 12.000 metros cuadrados. El plan acoge parterres de flores, una pérgola para tarays (quizá inspirada en la de Forestier para Valdenoja), un mirador sobre el mar, diversos amueblamientos (entre los que destaca la “Bola del mundo”, un raro y valioso ejemplar del instrumento astronómico denominado “Tierra paralela”) y sendas elegantes hileras de palmeras canarias visibles desde todo El Sardinero. (Fig. 5)

Después llegarán varios proyectos que completan

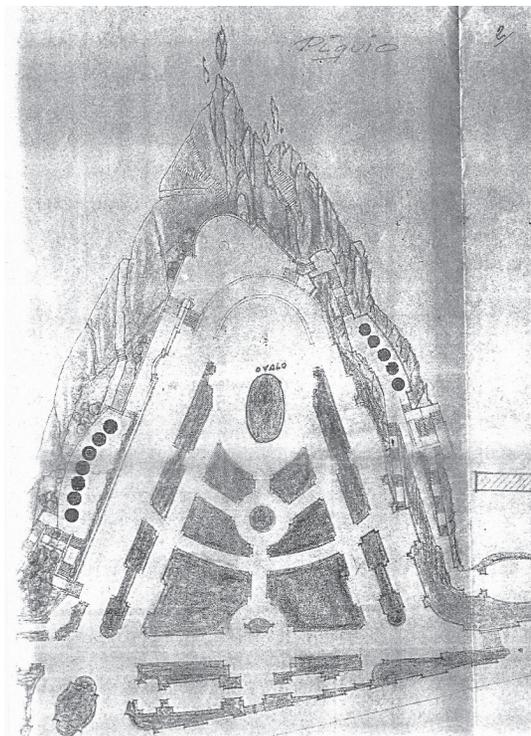


Fig 5.
Ramiro Sainz Martínez, Copia del plano del trazado primitivo de los jardines de Piquío.

esta breve historia de los parques y jardines de Santander. En 1945, a raíz de la construcción de la iglesia de San Roque en El Sardinero (arquitecto Ramiro Sainz Martínez), se reforma la **alameda de Cacho**, que marcha paralela a la avenida de los Hoteles, a base de terrazas escalonadas de aires *art déco*. En 1983 se abre al público el **parque del doctor Morales** sobre la antigua finca del sanatorio del doctor Morales, en el lugar denominado Fuente de la Salud, al oeste de la ciudad. Por fin, ya en el siglo XXI, se inaugura el nuevo “gran pulmón verde” de la zona en crecimiento situada al norte de la ciudad: el **parque Atlántico de la Vaguada de Las Llamas**, cerca del campus de la Universidad de Cantabria y no muy lejos del Sardinero, en una nueva zona residencial con recientes equipamientos (Palacio de los Deportes, Palacio de Exposiciones, Escenario Santander o el frustrado proyecto de Museo de Cantabria diseñado por Mansilla y Tuñón). Proyectado por el estudio de los arquitectos paisajistas catalanes Enric Batlle y Joan Roig y abierto al público en 2007, fue concebido por sus autores como “un Centro del Arte de los Jardines y de la Cultura del Paisaje Atlántico”.

* * *

Para ampliar información sobre la historia de los parques y jardines en Santander puede consultarse, junto a los ya clásicos trabajos de Enrique Loriente Escalada (*Parques y jardines de Santander*, Santander: Estvdio, 1988) y Julio J. Polo Sánchez (editor del *Catálogo del patrimonio cultural de Cantabria, III. Santander y su entorno*. Santander: Gobierno de Cantabria, 2003), algunos trabajos recientes más específicos, como los de Patricia Hernández Lamas (*El Jardín Moderno en España, 1926-1980*, tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid, 2017) o Andrea C. Peresan Martínez (*El Parque de Mataleñas, Santander: un elemento patrimonial del conjunto de El Sardinero*, trabajo Fin de Máster, Santander: UC, 2021). También se cuenta con la documentación conservada en el Archivo General de Palacio, en el municipal de Santander, en el de la familia González de Riancho y en el del Real Jardín Botánico de Madrid (fondo Javier de Winthuysen; disponible en Biblioteca virtual CSIC).

Luis Sazatornil Ruiz
Universidad de Cantabria